



Amanda Pedrozo



Espejo

(Historia de un vampiro)

«Debimos haber muerto con él», dijo la muchacha al tiempo que se tumbaba en el sillón cubierto -como los demás muebles- con una manta de color oscuro. Los pies le ardían. Se los restregó en la alfombra hasta dejar libres sus dedos que comenzaban a hincharse bajo la media de nylon.

La mujer a quien se dirigía, caminaba en aquel momento hasta el botón del velador que anaranjó el saloncito con su luz tristísima. El negro de la ropa contrastaba con sus mejillas blancas y regordetas. Era la tía Constanza.

Sin girar la cabeza, con una voz que se mantuvo a medio tono desde que Federico Urrutia entró en la etapa final de su enfermedad, anunció que el té estaría listo en un momento. Colocó el pañuelo y el monedero sobre el aparador, cerró los ojos y se llevó la mano a la frente. Estaba sudando. También parecía a punto de llorar, pero lo pareció todo el día y como jamás lo hizo Candela distrajo su atención de ella -por un momento-, y se hundió en esa especie de sopor en la que flotaban sus pensamientos. Cuando la buscó, ya no estaba.

Candela fue la última Urrutia en conversar con Federico. Habían crecido juntos en la casa de la tía Constanza sus once primeros años -tenían la misma edad- y tres más de la etapa que comenzaba a pertenecer a la adolescencia. Allí vivió la abuela Urrutia, y antes la bisabuela, y la madre de esta, mujeres que según la tía Constanza, no se casaron para evitar la desaparición del apellido de la familia.

Rodeado de un jardín espeso y descuidado, la casa de tres niveles guardaba secretos que los niños fueron descubriendo en los [132] baúles, en la biblioteca que perteneció al tío Eugenio -no lo conocieron-, en dormitorios de paredes peladas por la humedad, en cajas de fotos y en roperos donde colgaban trajes y sombreros que alguna vez no olieron a naftalina.

Las siestas eran deliciosas. La tía Constanza calafateaba las puertas para que el sol no se escurriese por las rendijas, quemaba azaleas secas en un recipiente de barro y acomodaba su enorme cuerpo al lado de los niños. Entonces hablaba, y además de su voz, no había más sonido que el picoteo de los pájaros en el techo y los mangos del barrio achicharrándose a la intemperie.

Les contaba historias que nadie más recordaba en el mundo y que ella retuvo con la persistencia de quien sospecha, sólo tiene en la vida los recursos de la memoria.

-¿Qué dijo antes de... la desgracia? -preguntó la mujer. No habían dado las seis de la tarde. El comedor estaba ubicado en el lado Este de la casa. Una larga mesa de madera lustrada ocupaba el centro del salón iluminado con una araña de cristales azulados. Las sillas terminadas en punta, de respaldo alto y de asientos acolchados, extendían sus sombras humanas sobre el piso de parquet. Una serie de cuatro ventanas cubiertas con enrejados de madera dibujada, dejaban ver el jardín de naranjos donde Federico -hacía tan poco- juntaba azahares para la tía Constanza.

-No quería morir.

-¿Lloró?

-No.

La mujer retiró la silla haciendo el gesto de levantarse. Sus ojos desfallecían. Candela le pidió que se fuese a descansar. Prometió retirar todo, y lo hacía en el instante en que un sonido atrajo su atención. Venía de la sala. Caminó con no menos temor que el que había tenido durante todo el día. Empujó la puerta. A sus pies, el monedero que la tía Constanza dejó sobre el aparador -como movido por manos invisibles- daba pequeños giros.

La muchacha lo levantó en un solo gesto, lo puso en su lugar y regresó al comedor para terminar de retirar los cubiertos. Sabía cómo sería, pero ahora no estaba segura de poder enfrentar los acontecimientos que sentía, se adueñaban de su espíritu. [133]

El primer día que entraron a la biblioteca tenían poco menos de 10 años. La tía Constanza preparaba galletitas de canela en la cocina. Fue ella quien les dio, además del permiso, una llave de cabeza cuadrada que el herrumbre comenzaba a despintar, y la historia: «El finado Eugenio, mi hermano, no servía para nada excepto para encerrarse

en esa pieza y llenarse la cabeza de boberías. Murió comido por la leucemia. El médico dijo que el encierro debilitó su sangre».

Sin embargo, no era la primera vez que subían a la última habitación de la casa. La tía los dejaba esperando -una vez por semana- en la puerta mientras pasaba el trapo de piso y abría las ventanas para espantarla humedad. «Este lugar no es para niños», les advertía, pero al final cedió ante la insistencia de Federico. Fue él quien decidió que aquel lugar cambiaría sus vidas.

Y fue verdad.

La biblioteca

A diferencia de la escalera que llevaba a las habitaciones principales ubicadas en el segundo nivel, la del tercero, mal iluminada por una lamparita que no hacía sino deformar la visión de las cosas, era tan estrecha que Federico subía primero. Detrás suyo, Candela sentía cómo un silencio puesto ahí desde antes -¿tendría que ver con el tío Eugenio?- los marcaba para siempre.

Un pequeño pasillo protegido de un lado por barandales de fantasía y cubierto por el otro, por la pared lisa de la habitación en cuyo centro una puerta cuadriculada y pesada cerraba el paso, se completaba con la punta del techo que se unía en triángulo sobre la cabeza de los niños.

(El clack de la llave corrida en doble vuelta sonó a definiciones profundas que en aquel momento ni Federico ni Candela estaban en condiciones de interpretar, y que tan solo el recuerdo devolvía con tanta claridad, con tanto sentido).

La biblioteca consistía en estantes de madera -rebosados de libros- adheridos a los cuatro lados de la habitación, más tres [134] baúles, un escritorio viejo, una caja de vidrio que alguna vez sirvió de portavelas -los restos de sebo pegados a la superficie lo delataban-, carpetas apiladas en los rincones, una silla con el forro deshilado y un sillón de mimbre preciosamente ubicado al lado de una de las ventanas -había dos- probablemente destinada a la observación de los juegos de estrellas que los niños aprendieron a nombrar con la guía «Estampas de oro», que fue lo primero a lo que echaron mano.

-¿Y esas, Fede?

-Las siete cabrillas.

-¿Por qué se llaman así?

-El libro no decía. A lo mejor porque son blancas.

-No son blancas. Son amarillas.

-No seas boba, Candy. Todo el mundo sabe que las estrellas son blancas. ¿Sabés por qué? Porque son cristales congelados. Como el hielo. Nada más que brillan. Es normal. Todo lo que está en el cielo brilla. Hasta Dios.

Acodados en la ventana, los niños experimentaban esa sensación de eternidad que produce la vista de una noche abrasada de estrellas.

Una mañana Federico se ocupó de los estantes altos. ¿Y aquellas cajas? Ni la mesa ni los demás muebles a mano fueron suficientes para salvar la distancia, pero sí la curiosidad. Aprovechando la ausencia de la tía Constanza -iba a misa de miércoles-, subieron la escalera de madera destinada a bajar naranjas que la tía recostaba en el galpón, y se apropiaron de los cinco enormes bultos apartados por el tío Eugenio -más tarde sabrían por qué-.

Aquella noche Candela soportó las peores pesadillas de su vida -no dejaba de ver las horribles portadas que se pasaron la tarde limpiando con paños humedecidos en alcohol-, pero al día siguiente estaba lista para tirarse al lado de su primo, en el piso, y escuchar de sus labios historias de almas en pena, encrucijadas habitadas [135] por espíritus malvados, perros urgando tumbas en la medianoche de los días viernes, tesoros custodiados por duendes horribles.

Las cajas contenían ejemplares «prohibidos» -así rezaban las etiquetas- de las «Ciencias del Ocultismo», «Tratados de Alta Magia» y «Manuales de Hechicerías». Los niños deliraban. Frente a aquellos relatos, los de la tía Eugenia pecaban de inocentes.

Federico tomó un interés casi obsesivo por el «Manual de vampirismo», un libro cuyas hojas -cocidas a mano y manchadas por algo que los niños concluyeron, era caca de bichos- se despedazaban en una vuelta brusca. Llegó al colmo de sacar el ejemplar de la biblioteca -tenían prohibido hacerlo- para leerlo en su cama, debajo de las sábanas, con la luz de una linterna que prendía las letras dándole una inmerecida resurrección.

-¿Vos creés en los vampiros, Candy?

-No sé...

-Yo no te digo el de la tele. Yo te digo en vampiros de verdad.

-¿Cómo son los vampiros de verdad?

-Son personas que mueren sin querer. Por eso vuelven del más allá, pero como ya no son como nosotros tienen que vivir escondidos.

-¿Eso leíste en tu libro?

-Sí. Dice que cualquiera que conozca el «gran secreto» puede convertirse en vampiro.

La conversación es interrumpida por los gritos de la tía Constanza -el chocolate está listo y no quiere que se enfrí-. Federico esconde el libro en uno de los estantes, lo cubre con un ejemplar de la enciclopedia «Conozca su mundo» y se apresura a buscar la sandalia. Candela lo espera -algo perturbada por la conversación reciente- en el corte de la puerta.

Señales

A las ocho y media de la noche Candela tomó el teléfono y llamó [136] a su madre. «No puedo dejar a la tía Constanza. Está muy mal», explicó.

-¿Y vos cómo estás? -le preguntó aquella voz que últimamente le costaba reconocer como parte de su vida.

-¿Y qué querés? Federico se murió, ma -respondió en tono violento.

Su madre era hermana de la tía Constanza. Hermana del padre de Federico. ¿Tan poco le conmovía la existencia de estas personas -para ella, la vida misma- que tenía que hacerle una pregunta como esa? Bajó el tubo -su rostro se desordenó con un llanto que hubiese querido evitar-. Una sombra en la pared la sobresaltó.

-¡Candela!

El grito de la tía Constanza sonó en toda la casa. Estaba parada en el mismo lugar de donde había desaparecido unas horas antes, el rostro descompuesto, los labios morados. Despeinada y con un salto de cama de color negro, señalaba hacia un lugar que Candela siguió hasta que su mirada tropezó con el tubo del teléfono que hacía segundos había tenido en sus manos.

Sostenido en el aire, el tubo se movía en círculos a treinta centímetros de su soporte. La muchacha, en puntas de pie, alcanzó el auricular, dio un pequeño tirón y lo colocó donde correspondía. Detrás del clack, la tía Constanza se desvaneció.

Cuando despertó -poco tiempo después- olía a vinagre aromático y hojas de ruda. Seguía en el piso -Candela no hubiese podido arrastrarla- pero su cabeza reposaba sobre un almohadón suave y estaba cubierta con una colcha.

-¿Qué fue eso?

La muchacha no respondió. La ayudó a subir hasta su dormitorio, le preparó un tecito de anís y la dejó dormirse en sus brazos. Luego la arropó, rozó su frente con un beso y caminó hasta la puerta. Ojalá no despertase. Ojalá jamás supiese lo que en esa casa estaba comenzando a suceder. [137]

Proceso

Esta vez sí fue difícil convencer a la tía Constanza. «Cambiar las cosas de lugar trae mala suerte», se quejaba, pero una vez más dio el gusto a los niños.

Querían el espejo de cuerpo entero que cubierto con un paño de franela, se mantenía al pie de la cama de la abuela Urrutia. Con terminaciones ovaladas y con un soporte de madera de palo santo, la lámina en plata viva resplandecía como agua de lluvia.

Lo subieron entre todos -la tía Constanza presentía un accidente que no se produjo-, y lo colocaron en el centro de la biblioteca -más tarde, Candela y Federico se encargaron de arrimarlo a la ventana-. Mientras lo empujaban, la imagen de los niños como en un estanque, temblaba en la pantalla de metal.

Por entonces habían cumplido sus 12 años. Candela era una muchachita delgada, morena, el pelo lacio caído por debajo de los hombros, el flequillo flotando sobre la frente, los ojos negros y demasiado grandes para aquel rostro que parecía terminar en punta. Vestía una remera amplia, jeans despintados -la tía Constanza se los desteñía en baños de lavandina-, iba descalza.

A su lado, Federico Urrutia reproducía sus facciones. Parecían hermanos. Un poco más alto que ella, también delgado, huesudo de hombros y manos, el rostro un poco más alargado y los labios más finos -la pelusa de un vello naciente se le escapaba por el cuello de la camisa-. Vestía igual que Candela, y como ella, caminaba descalzo.

La idea era dar poder mágico al espejo cargándolo con luz de luna. Candela no creía nada de eso, pero le divertía ayudar a su primo en la difícil tarea de encontrar un supuesto «ángulo correcto» que terminó siendo tan estrafalario como peligroso.

Después de la cena y haciéndoles prometer que bajarían antes de las once, la tía Constanza los despidió en la escalera que llevaba a la biblioteca. Federico no encendió las luces -la luna ardía en el fondo del cuarto-, trancó la puerta y tanteó en la oscuridad hasta encontrar la mano de su prima. [138]

-¿Y si se cae? -preguntó Candela viendo la lámina plateada tendida sobre el travesaño. Una mitad dentro de la pieza, la otra en el vacío.

-No se va a caer. Lo que quiero es inclinarlo un poco, para que se refleje mejor.

Permanecieron mucho tiempo -olvidaron cuánto- sosteniendo la punta del retablo de palo santo, cuando Candela sintió un dolor afilado en los ojos. Quiso apartarse de la ventana, pero Federico la previno.

-Ahora no te podés ir. Ya es tarde -le dijo.

En aquel momento la luna se paraba en ángulo recto sobre el espejo. Como fuegos artificiales, pequeñas explosiones de luz flotaban en la superficie ennegrecedora. Duró un segundo, pero fueron varios los días que tanto Candela como Federico sintieron la picazón en los ojos.

Enfermedad

Aquel invierno fue el más memorable de la casa Urrutia. Una llovizna perpetua marcaba con sus púas transparentes los vidrios de las ventanas, mientras afuera los árboles perdían hojas y ramas en los asaltos porfiados de los vientos helados -la tía Constanza quemaba carbones en un brasero de hierro que más tarde colocaba en el centro de la cocina para darse calor. El sonido de las vainas de inga rebotando en el patio, le recordaban su niñez-.

Federico y Candela aprovechaban las vacaciones en el Liceo para encerrarse en la biblioteca, más convencidos que nunca -cada cual- acerca de la lectura escogida. Habían llevado dos catres de lona para evitar el piso frío, y allí, envueltos en frazadas de lana, debatían largamente acerca de lo leído.

-¿Por qué no te gustan las historias de amor, Fede?

-Son bobas.

-¿Y eso que te pasás leyendo acerca de vampiros y de tumbas?

-Eso no es bobo. [139]

-Claro que sí.

-No sabés de lo que hablás.

-¿Por qué siempre creés que tenés la razón?

-No siempre. Sólo ahora.

-¿Ah, sí? ¿Y se puede saber qué hay de especial ahora?

-Que nosotros también vamos a morir.

-¿Y qué?

-Pero no tenemos por qué irnos. Podemos quedarnos si queremos.

-¿Convertidos en vampiros?

-No te burles.

El aullido de un relámpago enmudece a los adolescentes. Se miran, y en sus ojos resplandece la duda -en los de ella- y la fatalidad -en los de él-.

Federico permaneció lejos de la casa una semana. Le dio gripe -la fiebre lo postró-. Una cantidad de descongestivos y jarabes lo devolvieron a la biblioteca con el semblante reanimado, aunque la tía Constanza parecía preocupada. «No debiste venir», repetía, pero estaba feliz de tenerlo en la casa.

Candela volvió al colegio dos semanas más tarde, sola. Federico tuvo una recaída. El médico que lo atendió reprendió a sus padres por no haberlo llamado en la primera gripe. Les dijo que unos antibióticos hubiesen resuelto el problema, pero ahora se enfrentaban a una infección mal curada de consecuencias impredecibles.

Unos meses más tarde le diagnosticaron fiebre reumática. Los malestares inocentes del principio se pusieron insoportables en los albores del verano. Federico volvió a casa de la tía Constanza, pero ya no subió a la biblioteca. Candela bajaba los libros hasta la sala y allí se quedaban, tumbados en el sillón, saboreando el olor a frutas del aire y el sonido de las cigarras desgarrando el atardecer. [140]

Definición

Candela sintió el piso frío -se había sacado los zapatos al llegar del sepelio- bajo las medias. Encendió la luz del corredor sabiendo que no debía hacerlo. Buscó con una mano el broche del vestido negro, lo abrió, corrió el cierre y vio cómo la ropa de luto se deslizaba por su cintura -sus senos de niña se erizaron ante la sorpresa de la desnudez-. Se acercó a la escalera. Estaba oscuro. Subió como la primera vez -su vida podía ser distinta si tan solo se quedaba con la tía Constanza-, la pausa de un paso interrumpido, por el nacimiento del otro.

Adivinó en la oscuridad lo que necesitaba: la puerta de la biblioteca, el picaporte, el sillón hasta donde se dirigió en medio de la soledad más temible. Su respiración, como algo vivo, le arañaba el pecho.

Emergiendo de las tinieblas, el cuarto que la rodeaba se clareó con la luz de la luna. Frente a la muchacha, la lámina plateada del espejo la reflejó borrosamente.

(-¿Qué te pasa, Fede? -le preguntó hacía dos meses. El muchacho tuvo los primeros padecimientos cardíacos en el colegio. Le mandaron reposo. Candela se tuvo que acostumbrar a visitarlo en su casa.

-Estoy mal.

-Pero te vas a mejorar.

-No; por eso quiero que me hagas un favor. ¿Te acordás cuando teníamos siete años y la abuela murió? Vos y yo ayudamos a la tía Constanza a tapar con tela negra los espejos de la casa. Si yo muero, no dejes que nadie se acerque a mi espejo.

-No digas eso.

-No, Candela, dejame hablar. Si el día del entierro llueve, olvidate de todo lo que te digo. Pero si es día abierto, no permitas que me acerquen flores silvestres. Sólo rosas, de las que se compran en las florerías. ¿Entendés?

-¿No querés que llame a tu mamá? No te veo bien, Fede... [141]

-Por favor, sentate y escuchame.

-¿No estarás pensando en las tonterías de la biblioteca...?

-Puedo hacerlo, Candy. Me preparé mucho. Leí todo lo que hay que saber. Si no es verdad, de todas maneras voy a estar muerto, y si es verdad, voy a poder seguir contigo.

Un acceso de tos acabó con la conversación. La última vez que estuvo con él, Candela recibió las instrucciones que faltaban.

Federico murió una noche de abril. Su padre prohibió la formolización del cuerpo - ¿cumplía los deseos del muchacho?-. Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, la familia Urrutía abandonaba en el cementerio a uno de sus miembros más queridos).

Eran las diez y media de la noche. Faltaba poco. Si en los minutos siguientes nada pasaba, Candela volvería sobre sus pasos, buscaría su ropa, prepararía agua caliente para el té de la madrugada. Probablemente podría entonces llorar la muerte de su primo -por fin-, podría dormir un poco y al amanecer, cubriría el espejo de palo santo y sabría cómo es vivir el resto de la vida sin Federico.

Resurrección

(Candela llegó a casa de la tía Constanza -eran las seis y media de la tarde- con un gesto de preocupación en el rostro. La familia confiaba en la mejoría del chico, pero él le habló de todo aquello, del espejo, de las flores sobre la tumba. ¿Se estaba muriendo y los Urrutía no querían darse cuenta?

Buscó a la tía en la cocina -el aire olía a pan recién horneado- y aunque le costó, pudo apartarla de las cacerolas para sentarse con ella a la mesa.

-Tía, ¿por qué se tapan los espejos cuando alguien se muere?

-¿No querés un pedacito de pan? Quiero que me digas si está rico.

-Bueno, sólo un poquito... ¿Y, tía? [142]

-¿Por qué me preguntas eso?

-Fede me hizo acordar que cuando éramos chicos y se murió la abuela, nosotros te ayudamos a tapar los espejos.

-¿Por qué lo recordó?

-No sé.

-¿Habló de morirse?

-No, sólo de los espejos... No hay mucho que decir. Es sólo una costumbre. Pero tiene que ser por algo.

-Claro que es por algo, pero no tiene importancia ahora.

-Quiero saber por qué.

-Bueno, antes se decía que para comenzar su camino hacia el más allá, el finado tiene primero que aceptar que murió. Eso es difícil, Candela, porque nadie quiere abandonar a sus seres queridos. Entonces el espíritu recorre la casa donde vivió buscando algo que le recuerde cómo era -lo primero que busca es su sombra, pero los muertos no tienen sombra-. Si fracasa, el espíritu se va, pero si ve su imagen en un espejo puede convertirse en ánima y quedarse en la casa.

-¿En ánima o en vampiro?

-No sé, mi hija. Eso se decía antes. Ahora nadie cree en esas cosas. Te pido una cosa, Candela. No hables de esto con Fede. Él está mal, pobrecito. Se podría impresionar.

Alguien tocó a la puerta. Las mujeres enmudecieron. En el patio las estrellas comenzaban a prenderse. Eran noticias de Federico. Lo llevaron al hospital).

Candela volvió a mirar el reloj. Eran las once menos cuarto. El rayo alargado de la luna se metió en aquel instante por la ventana, calcó su círculo sobre las baldosas y se posó, etéreo, frente a los ojos vacíos de la muchacha.

Las partículas de algo que comenzó pareciendo polvo, flotaban en el halo. Candela recordó las palabras de Federico, alguna vez, en ese mismo cuarto: «Ahora no te podés ir. Ya es tarde». Entonces lo escuchó, no en su recuerdo sino a él, allí mismo, a las once menos diez del día que lo enterraron: «Candy, no te asustes. Estoy aquí». [143]

No lo veía, pero reconocía su voz. Lenta, como si arrastrase las vocales; ronca, como si el dolor de garganta no lo hubiese abandonado. Estaba del otro lado del rayo.

Alucinaciones

Candela no se movió. Soltó los senos que hasta entonces había disimulado con sus brazos -estaba avergonzada- para llevarse las manos a la cara. Sus oídos, lastimados por un silbido persistente, comenzaban a doler. Cerró los ojos. La paz de una noche interior la regocijó.

¿Volaba? Imposible. ¿Estaba soñando? Era lo más probable. Por encima del análisis de la situación -imposible de evitar-, sin mover los pies, la muchacha avanzó hacia la claridad entreabierta de una puerta. No la tocó. Un sonido tan familiar, tan dentro de sus recuerdos, le trajo la tranquilidad que le faltaba.

Strauss. El disco de vinilo giraba bajo la púa de la vitrola. Los sillones, la alfombra de pelusa encarnada, los retratos de las mujeres Urrutia en las paredes. Estaba en la sala de la casa. Un ramito de rosas se refrescaba en el agua de una vasija transparente ubicada sobre el aparador -el monedero y el pañuelo de la tía Constanza seguían allí-.

El hilo de sonidos jugueteaba en el aire, caía en pendiente para luego remontarse con el vuelo desigual de las aves, se deshacía como un hechizo y resucitaba, limpio, encima de los muebles. La tía Constanza les ponía aquel vals cuando tenían 4 años. Apartaba los muebles, se sacaba los zapatos, los tomaba de las manos y les enseñaba a girar, una y otra vez, la risa de Federico, los ojos agrandados de Candela, los pasos desordenados siguiendo las teclas, el violín, hasta sucumbir al cansancio.

Algún mecanismo que no alcanzaba a comprender la llevó hasta allí. ¿Dónde estaba Federico? Con horror, la muchacha notó que seguía desnuda. Fue él quien se lo pidió: «No quiero verte con luto», le dijo. El momento que se cubría -una vez más- los senos, coincidió con la esperada aparición.

Parado al lado del tocadiscos, el muchacho la miraba. Sus ojos [144] -ahora sin brillo- eran los mismos. Su pelo oscuro. Por primera vez desde que tuvieron 5 años y dejaron de bañarse juntos, Candela lo vio desnudo. Le extrañó que no se avergonzase. Un órgano sexual rígido -era el de un hombre- la hizo sonrojar. Miró sus labios con temor. Nada en ellos había cambiado.

-Vení-, dijo él tendiéndole una mano pálida. Candela le hizo caso. Cuando la alcanzó, Federico tomó sus brazos y se los abrió:

-Siempre soñé con tus senos. Sabía que eran así -le dijo. La muchacha se arrimó a él. Estaba tan frío. Se sentaron uno al lado del otro. El vals había enmudecido.

-¿Estás vivo, Fede?

-Vos sabés que no.

-¿Dónde estamos? Yo te esperaba en la biblioteca.

-Es mejor así, Candy. Hay cosas que tenés que saber antes de que volvamos.

-¿Sos un vampiro? No parece.

-Todo pasó como te dije.

-¿Y ahora qué vamos a hacer?

-Me vas a ayudar a morir, como me ayudaste a vivir.

-¿Por qué? ¿Qué salió mal?

-¿Sabés por qué te traje aquí? Porque no te podía mostrar cómo soy en realidad. No soy como me ves. Hay cosas que cambiaron en mí.

-No me importa.

-Decís eso porque no sabés de qué te estoy hablando.

-¿Qué sentiste, Fede? Vos me dijiste que me ibas a contar todo.

-No es malo, Candy. Es muy especial. Es algo que tenemos que dejar que nos pase.

-¿Cómo es?

-Como ir a la escuela. Tenés miedo, pero igual te llevan. Conocés a otros niños, les enseñás tus juegos, ellos te enseñan otros y a la mañana siguiente ya te querés quedar.

-¿Duele? [145]

-Sí. Duele no estar contigo, Candy. Por eso volví, pero ahora me doy cuenta que de esta manera no sirve. Si no me ayudás a morir, voy a tener 40 días para ver cómo lastimo a quienes más quiero.

-¿No vas a vivir para siempre?

-No. Sólo puedo vivir 40 días.

-¿Por qué no esperarás, te quedás conmigo...?

-No entendés, Candy. Te puedo hacer daño; a vos o a tía Constanza. Yo puedo traerte aquí, puedo encender un relámpago, hacer que llueva, remedar sonidos, puedo desaparecer o entrar por una cerradura, mover el monedero de la tía Constanza en la sala, hacer que anochezca en pleno día, dirigir el tiempo a mi antojo, pero hay cosas que no puedo controlar. Quiero irme antes de que algo malo pase.

-¿Qué querés que haga?

-Quiero que cierres otra vez los ojos, que camines hasta la puerta, que te metas en la oscuridad y que levantes los párpados. Yo voy a estar a tu lado.

Otra vez el silbido en los oídos. El retorno. Desandar cada espacio. El silencio, antes del horror.

Decisión

Como un espectro, la biblioteca apareció ante la muchacha con su rayo de luna atravesando el cuarto, con sus libros formando bultos desiguales en los estantes, con su espejo de plata, su sillón de mimbre y su quietud.

-Fede, vení, no tengas miedo -dijo sintiendo cómo sus palabras asumían una inesperada intensidad. Un perro ladró en la cuadra. Candela se estremeció. En esa otra parte del cuarto donde la noche parecía cerrarse sobre sí misma, algo se movió.

-No me hagas eso. Si sos vos, vení.

La imagen diluida en la oscuridad comenzó a definir sus líneas, a llenar sus huecos, a completarse. Una mano terrible voló [146] sobre la luz del halo que en aquel momento cambiaba de posición sobre las baldosas.

Si no supiese que era él, Candela hubiese muerto de miedo. Un pulgar grande y largo, las uñas amarillas, afiladas, quebradas en hendiduras oscuras. Una palma blanca y huesuda. Fue el principio.

Naciendo de las sombras, el cuerpo se daba a luz movido por contracciones suaves. Un pelo echado a mechones sobre los hombros, los ojos -seguían siendo los suyos- agrandados e inyectados de sangre, los labios encarnados, la nariz sin aletillas, las orejas pequeñas y puntiagudas sobresaliendo bajo el cabello. Pálido, como la luna, el sexo rígido -por segunda vez en espacio de minutos, Candela se ruborizó al no poder apartar los ojos-.

El mimbre del sillón se retorció al perder el peso de la muchacha. De pie, Candela examinó a Federico.

-Sos feo -le dijo levantando la mano para acariciar su rostro deforme.

-No te acerques, Candy. No me hagas sufrir más -murmuró la aparición.

Bautizados por aquel momento íntimo, los adolescentes se hincaron bajo el peso de sus sentimientos. Entonces hablaron.

-Ahora ya ves en lo que me convertí, Candy.

-No importa. Sos vos y basta.

-Soy y no soy. Por eso me tenés que ayudar.

-No. No te voy a matar.

-Candy, escuchame. Yo ya estoy muerto. No te asustes. No tenés que clavarme una estaca ni quemarme.

-Nunca te haría eso.

-Ya sé. Por eso te digo, Candy. Lo único que quiero es que vayas al cementerio, que derrames agua sobre mi tumba y que coloques un ramito de flores silvestres encima. Con eso basta. Después, volvé a casa, encendé las azaleas de la tía en cada rincón y devolvé el espejo al dormitorio de la abuela.

-¿Eso te va a matar?

-No voy a poder salir otra vez. Con el tiempo, descansaré. [147]

-No, Fede. Quiero que te quedes conmigo -traspasando la distancia que la separa de Federico, la muchacha busca su pecho. Él la aparta. Su mano, como una garra, la detiene en el aire.

-Por favor, escuchá lo que te digo. La sangre es la vida, o es la muerte. Si no elijo la muerte voy a tener que buscar sangre para simular que vivo. No quiero hacerte daño, Candy. No dejes que te haga daño.

-Te quiero, Fede. Quiero que me beses. Quiero probar tu boca. No me importa lo que pase -la muchacha se acerca. Sus manos coinciden con el sexo crecido. Una lágrima del color del aire se derrama por su mejilla virginal. Un relámpago la fulmina.

Ocaso

Eran las seis y media de la tarde. Candela reconoció la cocina, el aire oliendo a pan recién horneado, la tía Constanza limpiando trastos. En el patio, las estrellas comenzaban a prenderse.

-¿No querés un pedacito de pan? Quiero que me digas si está rico.

La mujer se dirigió a la mesa alumbrada con una lámpara, se sentó, colocó el bollo delicioso en un platillo de loza ubicado frente a la muchacha y con ojos bondadosos esperó el veredicto.

Candela retiró la silla y le bastó mirar a su alrededor para saber que todo eso ya había pasado. Que lo último que le ocurrió fue Federico. Que como esa lámpara, un rayo de luna los encandilaba. Pero la frase escapó de sus labios con la naturalidad de las cosas que ya fueron.

-Bueno, sólo un poquito... ¿Y, tía?

La misma explicación sobre los espejos. Las frases moduladas de la manera como el recuerdo devolvía. Los labios de la tía repitiéndose como una película en reverso. Pero esta vez al golpe en la puerta y a la voz diciendo que habían llevado a Federico al hospital reemplazaron el grito estremecedor de Candela, el asco, su boca escupiendo los restos del pan que mojados en sangre, caían al piso en forma de coágulos. La tía Constanza había desaparecido. [148]

Apoyada en los muebles que encontraba a su paso, Candela atravesó el pasillo, subió las escaleras, se abrió paso hasta la biblioteca. Todavía hincado en el cono de la luna, Federico se desangraba. Una herida profunda a la altura del corazón le mojaba el pecho.

-El último secreto, Candy. Ese pan que llevaste a la boca, mezclado con mi sangre, me devuelve de donde no debí salir. Tuve que hacer eso, amor. Tuvimos que hacerlo.

La luna volvió a mover su halo. Tras su desplazamiento, la sombra atormentada de Federico se incorporó a las tinieblas. Definitivamente

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

